

CASOS REALES

# NIÑOS SALVAJES ANIMALES CIVILIZADOS ...Y BESTIAS HUMANAS

Una cabra crió a Zeus en la isla de Creta, en el monte Partenio una osa acogió a Atalanta, en la orilla del río Tíber una loba amamantó a Rómulo y Remo. La historia está llena de mitos que tal vez inspiraron a Rudyard Kipling cuando entre 1893 y 1894 escribió los cuentos de *El Libro de la Selva*. El que llegara a ser Premio Nobel de Literatura en 1907 nos presentaba al entrañable Mowgli, un "cachorro humano" criado por lobos. En la realidad, Mowgli se llama Víctor, Lyokha, John, Oxana, Natasha, Vania, Sujit, Sasha, Marcos... Todos ellos —y tantos otros— fueron —y serán— niños salvajes.

Helena R. Olmo | Fotos: Julia Fullerton-Batten  
(<http://www.juliafullerton-batten.com>)

Víctor, el niño salvaje de Aveyron, fue atrapado en 1799. Aunque pasó casi 30 años entre humanos, jamás habló ni se integró con los de su especie.

**S**e me encoge el corazón al pensar en tantos pequeños perdidos o abandonados en entornos de naturaleza salvaje que sobrevivieron gracias a los animales que los adoptaron. Lejos de ser devorados por las fieras, los criaron como a un miembro más del clan. Son cachorros de lobo, de perro, crías de cabra o de mono que hoy llamamos niños ferales.

El aislamiento de su propia naturaleza les lleva a adoptar los hábitos de los animales con los que crecen. Aprenden a imitar los sonidos, movimientos y comportamientos de su familia adoptiva. La conducta de estos niños es primaria y su desarrollo mental no supera al de las criaturas con las que conviven.

Los animales de Kipling nos dan lecciones morales, los animales de carne y hueso nos dan lecciones de amor y compasión que con creces superan al comportamiento de la especie humana, la única bestia capaz de abusar y abandonar a sus crías.

### EL SALVAJE DE AVEYRON

Es muy probable que Kipling hubiera conocido el caso del niño salvaje de Aveyron cuando pensó en Mowgli. Aunque afortunadamente para el personaje de ficción su historia poco tuvo que ver con el drama del primer caso documentado de un niño salvaje. Nos remontamos a 1799. En los bosques de La Caune, en la región francesa del Aveyron, al sur de Francia, capturaron a un crío de unos 12 años que vivía completamente ajeno a cualquier sociedad humana. Sobre la cabeza tenía una larga maraña de cabello sucio, lleno de nudos y parásitos. Su piel desnuda no mostraba mejor aspecto, estaba oscurecida, cuarteada, con llagas, cicatrices, callos en pies, rodillas y manos; dentadura deformada pero mordida potente, mirada profunda y vacía a la vez. Todo su ser reaccionó frente a los captores, estaba a la defensiva, gruñía amenazante, se mostraba huidizo y esquivo. Cuanto más animal era su comportamiento, más crecía el interés por apresarlos y descifrar la naturaleza de aquella insólita criatura.

El "salvaje de Aveyron" no pudo resistir demasiado. Una vez cazado fue llevado a París para ser estudiado por científicos postrevolucionarios. Pasó de vivir en libertad a ser internado en un laboratorio. Su comportamiento no mejoraba, no mencionaba palabra, aquella nueva especie le atemorizaba. Le habían apartado de todo lo que conocía y le obligaban a cubrirse con prendas incómodas. El terror se había instalado permanentemente en su alma.

Transcurrido un año los estudios estaban en el mismo punto muerto en el que

Piel oscura,  
dientes afilados,  
uñas largas y  
ganchudas, pelo  
enmarañado,  
callos en las  
articulaciones.  
Ansia de carne  
cruda y pasión  
por el olor a  
sangre. No es la  
descripción de  
un animal salvaje,  
es la de un niño  
salvaje

empezaron y en el mes de septiembre el niño fue confiado a la tutela del otorriño Jean Marc Gaspard Itard, que había diseñado un método de reeducación y adaptación social para el muchacho. Itard fue quien lo bautizó, lo llamó Víctor.

Durante ocho años, día tras día, Itard se empeñó a fondo con él, lo intentó todo: inculcarle modales, hábitos de higiene, habilidades comunicativas, pero tampoco obtenía resultados. Convivieron manteniendo una auténtica guerra fría: uno se aferraba desesperadamente a su instinto animal, su verdadera naturaleza;

el otro trataba de sustituirlo por instinto civilizado. La violencia del niño, lejos de aplacarse, crecía con cada intento de humanizarlo. Claramente los esfuerzos del médico eran una agresión constante a su verdadera naturaleza, a la que se aferraba desesperadamente.

Cuando Víctor llegó a la pubertad logró batir las últimas defensas de su mentor que frustrado y agotado se dio por vencido. El Estado francés se hizo cargo de Víctor hasta que falleció en 1828.

### NIÑOS QUE AÚLLAN A LA LUNA

Era mayo de 1972 cuando en el bosque de Musafirkhana, en Punjab, India, descubrieron a un niño desnudo jugando con unos lobeznos. Se comportaba como una cría más, se movía igual, caminaba a cuatro patas y emitía los mismos sonidos. Pero, a pesar de su aspecto completamente animal, aquello no era un lobo, era un niño de unos cuatro años de edad.

Lo apresaron y lo llevaron a la localidad de Nayanpur. Allí lo llamaron Shamdeo, pero a pesar de los esfuerzos de los lugareños por acogerlo y cuidarlo, el pequeño se refugiaba en la oscuridad, solo se alimentaba si le tiraban trozos de carne cruda al suelo y únicamente se relacionaba con los perros. Pensaron que sería mejor enviar a Shamdeo junto al padre José de Souza, a la misión católica de Sultanpur.

Poco a poco el lobo dejó paso al hombre. Cambiaron su dieta de carne cruda (aunque nunca conseguiría superar la zozobra que le causaba el olor de la sangre) y meses después Shamdeo fue capaz de levantarse y caminar erguido. A los dos años colaboraba en la misión con tareas sencillas y aunque nunca aprendió a hablar, sí fue posible comunicarse con él mediante signos. Murió en 1978. Shamdeo jugaba con lobos pero nunca se supo si formó parte de su manada, como sí sucedió con un niño ruso que hace nada nos presentaron los medios de comunicación. En 2007, en la remota región de Kaluga, descubrieron a un pequeño durmiendo en una guarida de lobos. Lograron capturarlo y lo llevaron a un hospital. Lo llamaron Lyokha. →



Shamdeo fue encontrado jugando con unos lobozanos como uno más de la camada.

© Julia Fullerton-Batten

**"MÁS ALLÁ" N° 327, AÑO XXVII, MAYO 2016**

→ Este caso es muy interesante por lo cercano que está en el tiempo y porque Lyokha fue examinado y fotografiado por los médicos que le asistieron. El informe recoge que el niño estaba sano, se le calculaba una edad de diez años y que no solo su comportamiento era salvaje, también había desarrollado cierto aspecto animal: tenía las uñas largas y fuertes como garras y los dientes esta-

ban extremadamente afilados. Como era de esperar, su desarrollo mental era primario, no hablaba ni era capaz de comunicarse de ninguna manera. Solo interactuaba con los sanitarios atacándolos y se defendía a mordiscos. Tras la estresante exploración y el aseo del niño, lo alimentaron y lo encamaron para que descansara. Pero en menos de 24 horas Lyokha, guiado por su instinto,

consiguió escapar de su prisión. Nunca más ha vuelto a ser visto ni ha podido conocerse su procedencia. Las autoridades dijeron que lo más probable es que el niño hubiera sido abandonado en el bosque cuando era solo un bebé.

**CRIDOS POR MONOS**

John Ssebunya (Uganda) solo tenía cuatro años cuando fue testigo del



John Ssebunya sobrevivió en la selva gracias a la ayuda y protección de los monos. Cuando volvió al mundo de los hombres "No hablaba, solo lloraba y estaba hambriento. Era totalmente salvaje hasta el punto de inspirar miedo en la gente", relataba un testigo.

© Julia Fullerton-Batten

## EL NIÑO LOBO ESPAÑOL

¿Cómo olvidar la alucinante historia de Marcos Rodríguez Pantoja? Es un caso fascinante que dejó a la España de mediados de siglo XX atónita.

Marcos llegó al mundo en 1946 en el pueblo de Añora (Córdoba). Otra boca que se sumaba a dos hermanos hambrientos. Los primeros años su estómago también se llenó de hambre y su corazón de niño se vació con la muerte de su madre. Su padre Melchor se volvió a casar y resolvió que los hijos mayores se quedaran viviendo con unos parientes cuando se trasladó a vivir a Fuencaliente (Ciudad Real). Marcos, sin su madre y sus hermanos, con solo 7 años tuvo que soportar toda suerte de malos tratos del padre y su madrastra. Esta situación no habría de durar demasiado, ese mismo año Marcos fue vendido a un pastor de cabras. La vida con el cabrero no mejoró. Aquel hombre era feroz y lo trataba como a un animal más. Con él, Marcos se acostumbró a comer conejos crudos como las bestias salvajes. Tampoco duró mucho aquella situación, un día el pas-

tor desapareció y Marcos se encontró solo en plena Sierra Morena.

Cambió la choza del cabrero por una cueva que le pareció más confortable y segura. Siguió alimentándose de conejos y aprendió a cazar ciervos. Comía su carne y se abrigaba con sus pieles.

No tardaron en aparecer los lobos. Marcos no tenía miedo de las bestias, solo los hombres le habían enseñado los colmillos. Con los lobos compartió su carne. Aullaba cuando cazaba para invitarlos al banquete. Así se ganó un sitio en la manada. Pasaron doce años hasta que un cazador lo descubrió. Sucio, encorvado, salvaje, descalzo, vestido con pieles, con el pelo por la cintura, se defendió a bocados cuando la Guardia Civil acudió a capturarlo. Marcos se había olvidado de hablar. Pero había pasado suficiente tiempo entre hombres antes de desapa-



recer y fue posible conectar de nuevo con su memoria humana. Marcos regresó a la civilización pero siempre añoró la lobera. "Esta vida es más mala que aquella, pero mucho más. Yo, con mucho gusto, volvería", dice con frecuencia.

La historia de Marcos atrajo la atención de los focos y fue llevada al cine en 2010 por Gerardo Olivares en la película *Entre lobos*. Tres años después, Olivares, incapaz de soltar la presa, profundizó más en la historia del niño-lobo y rodó el documental *Marcos, el lobo solitario*.

asesinato de su madre a manos de su violento padre. El niño no tenía a nadie y aterrorizado buscó refugio en la selva. Durante más de dos años fue uno más de una comunidad de monos, aprendió a buscar alimentos y a moverse por los árboles con agilidad.

Cuando John fue descubierto en 1991 por una joven llamada Milly Sebba, estaba desnutrido y caminaba de cuclillas. Era más que evidente que se trataba de un niño salvaje que debía volver cuanto antes junto a los de su especie. Los monos reaccionaron protegiendo a John de los humanos que intentaban capturarlo, lanzándole palos y piedras, pero no consiguieron disuadirlos.

John fue devuelto a su aldea y un vecino lo reconoció, sabía de su dramático pasado. Todos lo daban por muerto. "Los monos me cuidaron y me dieron protección", recuerda John a sus 30 años. Pasó poco tiempo entre los animales, de manera que pudo ser completamente rehabilitado.

El de Ssebunya tampoco es el único caso de niños criados por primates. En 1996, en la Selva de Falgore, en Nigeria, fue encontrado Bello, "el niño chimpancé", de entre 8 y 10 años de edad. Todo apuntaba a que Bello era uno de los niños que abandonaban los fulani. Este pueblo nómada tiene la costumbre de desprenderse de los hijos que nacían con alguna discapacidad. Los rasgos fí-

sicos de Bello hablaban por sí solos, era un niño con problemas que no habría aguantado el ritmo y las distancias de los viajes a través de la región africana del oeste de Sahel.

Bello fue adoptado por los chimpancés siendo un bebé. Para ellos no era una cría defectuosa y le dieron los cuidados y protección que necesitaba. Bello aprendió a saltar y caminar como ellos, arrastrando los brazos, imitó la costumbre de golpear constantemente su cabeza con las manos ahuecadas y hacía los mismos sonidos que los chimpancés.

Tan solo hace dos años que las autoridades malasias anunciaron que el ejército al fin había capturado al "niño orangután", al que llevaban tiempo →

→ buscando. El "rescate" —no tengo claro si en estos casos no sería más apropiado hablar de "secuestro"— fue especialmente difícil porque su familia peleó por él con verdadero ahínco. Los soldados tuvieron que sedar a tres de los grandes simios.

### HUMANOS SALVAJES

Existe otra tipología de niños salvajes que son metidos en el mismo saco. Son niños criados por animales caseros porque sus padres los han abandonado en el propio hogar. Sus historias son hirientes a más no poder. Los casos descubiertos hablan de pequeños condenados a la discapacidad de por vida, seres perdidos en un mundo entre lo animal y lo humano. Personas con mente y conducta animal atrapados en cuerpos humanos.

La antropóloga británica Mary-Ann Ochota estima que hoy hay más de un centenar de niños que sobreviven sin

## El trauma del aislamiento y la transición niño-animal no es menos difícil que el estado de shock una vez son descubiertos y se pretende despojarlos de su conducta animal

el cuidado de los seres humanos, cerca de los animales. Están encerrados en corrales, cuadras o porquerizas fuera de las casas. La mayoría están ocultos y morirán sin que su situación salga a la luz.

En 1991 nos partió el corazón Oxana Malaya, una niña ucraniana de ocho años que había pasado más de la mitad de su vida viviendo en la perrera de su familia. Sus padres eran alcohólicos y la maltrataban desde que nació. Con solo tres años, Oxana salió de casa y se refugió con los perros. Su necesidad de evadir la dureza de su realidad la llevó a convertirse en perro, quiso ser uno de ellos, imitó su comportamiento y en ellos encontró el calor y el amor que los humanos le habían negado. Cuando Oxana fue rescatada había perdido toda su condición humana, no caminaba ni hablaba, jadeaba, olisqueaba la comida, bebía con la lengua, ladraba y enseñaba los dientes amenazante. Desde entonces reside en una clínica para discapacitados y apenas ha ido recuperando el habla y alguna conducta humana.

El mismo destino espera a Natasha Lozhkin, rescatada en 2009. Cuando la policía irrumpió en la vivienda de Víctor



Oxana Malaya, una niña ucraniana de ocho años, había pasado más de la mitad de su vida viviendo en la perrera de su familia. En los animales encontró el amor y el calor que sus padres le habían negado.

© Julia Fullerton-Batten

Lozhkin (27 años) y Yana Mikhailova (25 años), en la localidad de Chita, Siberia, un fortísimo olor a animales llegaba de una habitación al fondo del pasillo. Era el cuarto de los animales, dijo la pareja: perros, gatos y una niña de 5 años, su hija Natasha. La niña no sabía hablar, solo ladraba y se comportaba con los humanos exactamente igual que lo hacen los perros con sus amos.

### NIÑOS PÁJARO

Vania Yudin vivía con su madre trastornada en un apartamento lleno de pájaros. La mujer nunca distinguió entre el niño y los animales, él tampoco, solo graznaba, picoteaba y aleteaba con los brazos. Su caso salió a la luz en 2008, cuando Vania tenía 7 años.

Pero por inverosímil que resulte la idea de que un humano sea capaz de mutar y convertirse en ave, igualmente lo hizo Sujit Kumar a finales de 1970. Este niño de Suva (Fiji) vivía encerrado en un gallinero bajo la casa familiar. Con dos años quedó huérfano y sus abuelos no encontraron mejor solución para él. Por irracional e inhumano que nos parezca, aquella decisión de apartar al niño de sus vidas llegó forzada por la superstición y el miedo ignorante. En las islas existe la triste creencia de que el demonio habita en los epilépticos y el pobre Sujit nació con este trastorno del sistema nervioso. Seis años más tarde Sujit apareció abandonado en una carretera, cacareando desesperado y batiendo sus brazos con angustia.

Los periódicos la bautizaron la "niña pollo" de Portugal, pero su nombre es María Isabel Quaresma Do Santos. Aquella niña nacida en Tábua (Coimbra), también pasó por el encierro en un gallinero hasta que cumplió los 9 años. Idalina, la madre de María Isabel, sufría trastornos mentales. Cuando la pequeña llegó al mundo, a pesar de tener ya tres hijos, Idalina fue incapaz de reconocer a María Isabel como una más. Decía que no era de la familia y cuando tenía solo unos meses la dejó en el gallinero.

De Idalina hemos dicho que tenía trastornos psiquiátricos, pero ¿qué podemos decir de los vecinos de Tábua, todos conocedores de la situación? A diferencia de otras historias, la suerte de María Isabel era por todos conocida y todos consintieron.

Hasta que en 1980, el caso llegó a oídos de María João de Oliveira Bichão, una



Vania Yudin vivía con su madre trastornada en un apartamento lleno de pájaros. La mujer nunca distinguió entre el niño y los animales.

© Julia Fullerton-Batten



Sujit Kumar sufría epilepsia. Pero sus abuelos creyeron que estaba poseído por el demonio y lo encerraron por años en el granero de su casa.

© Julia Fullerton-Batten

radióloga del hospital de Torres Vedras, y lo denunció a los servicios sociales. Ya era tarde para María Isabel, cuando fueron a rescatarla, era una auténtica gallina. La naturaleza humana de María Isabel luchó contra su entorno hasta los dos años de edad. Ahí su cerebro se rindió. Indefensa, sin estímulos humanos, sin que nadie la tocara ni la hablara, sin poder alimentarse de otra cosa que no fuera el pienso, sin higiene, María Isabel no tenía nada a lo que aferrarse salvo a las gallinas y se convirtió para siempre en una de ellas.

El único instinto común entre todas las especies es el de supervivencia. Y eso es lo que hicieron todos estos niños, sobrevivir. Sacrificaron su naturaleza para metamorfosearse sin sucumbir a la muerte y seguir siendo seres vivos. Se aferraron a la vida y se comportaron como héroes. Merecen ser recordados con respeto, afecto y toda la compasión humana que seamos capaces de sentir. Para Sasha, Traian Calderar, Daniel, Tissa, Ivan Mishukov, Marina Champan, Madina, Genie, Marie Angelique... /